EL TEATRO
Y LA
ADMINISTRACIÓN LÍRICO-DRAMÁTICA.

LA SEÑORA DE MATUTE



COMEDIA

EN DOS ACTOS Y EN PROSA

DE

EDUARDO NAVARRO GONZALVO, Y PEDRO DE GÓRRIZ.

Repetida

MADRID.

DON FLORENCIO FISCOWICH
Y DON EDUARDO HIDALGO, EDITORES.
OFICINAS: Pozas, 2, 2.°, y Cedaceros, 4, 2.° izqda.
1886.

LA SEÑORA DE MATUTE.

J. Perez

LA SEÑORA DE MATUTE

COMEDIA

EN DOS ACTOS Y EN PROSA

DE

EDUARDO NAVARRO GONZALVO, Y PEDRO DE GÓRRIZ.

Estrenada con éxito extraordinario enel Teatro de la COMEDIA el dia 20 de Noviembre de 1886.





MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ.
Atocha, 100, principal.

1886.

PERSONAJES.		ACTORES.
ADELA....................	SRA.	D.ª ELOISA GÓRRIZ.
ROSARIO..................		NIEVES GONZÁLEZ.
JULIA....................		ADELA GARZÓN.
LA SEÑÁ PÍA..............		MARÍA PARDIÑAS.
LUIS CALVO...............	SRES.	D. JULIAN ROMEA.
FIDEL CABELLO............		ANTONIO RIQUELME.
UN CRIADO................		TEJADA.

La acción en Madrid.—Época actual.

Derecha é izquierda, las del actor.

ACTO PRIMERO.

Sala baja en una casa de comercio. Puerta al foro con mampara, que al abrirse dejan ver colocado por la parte exterior un tarjetón en el que dice con letras grandes *Cabello y Calvo* En segundo término, derecha del actor, otra puerta delante de la cual hay una valla de madera con barandilla en la parte superior, en cuya barandilla hay otro rótulo que dice *Caja.* Otras dos puertas laterales en primer término, y otra en segundo izquierda, sobre la cual se lee *Escritorio.* Mesa bufete con todo lo necesario para escribir, y algunos libros y papeles. Sillón detrás de la mesa. Muebles adecuados á esta habitación. En las paredes, mapas-itinerarios, carteles de salidas de buques, tarifas, etc.

ESCENA PRIMERA.

CALVO sentado á la mesa escribiendo. Calvo debe tener abundante y rizada cabellera y vestir con elegancia.

CALVO. (Escribiendo.) «Finalmente, señora, no destruya usted mis esperanzas de felicidad. Concédame su amor y seré...» (Levantándose inquieto.) ¡Diablo! Mi mujer... (Corre á mirar por la puerta primera de la izquierda.) No; me tranquilizo. (Vuelve á sentarse á escribir.) «Y seré el hombre más feliz de España... y sus posesiones ultramarinas. Espero mi sentencia; á los piés lindísimos

de usted, que besa... (Firmando.) *Julio Calleja.»* ¡Eso es!... famosa idea la de llamarme Julio Calleja, en vez de Luis Calvo, que es mi verdadero estado civil. ¿Contestará la viudita? No lo sé, pero poco se pierde en hacer la prueba. Pongamos el sobre. (Haciéndolo.) «Señora viuda de Matute; Nuncio, sesenta y ocho.» Perfectamente; (Se levanta y toca un timbre.) y ahora, á su destino. (Aparece un Criado en la puerta del escritorio.) Que lleven esa carta al punto, y la entreguen en propia mano, porque encierra valores. (El Criado toma la carta y se va por el foro.) ¡Ajajá!... ¡Si mi mujer se enterase, estábamos lucidos! Por fortuna, no se enterará, Rosario es buena, crédula, y confía á ciegas en mí, porque me quiere mucho. ¡Oh! y yo también la quiero, y ella es guapa, y... ¡pero esa viuda! Aquí tengo su imágen (Saca la cartera y de ella una fotografía.) que me permití sustraer en casa del fotógrafo donde la ví retratarse... ¡Valiente mujer!... La conocí en el Real, la seguí, supe su casa, la hice el oso fingiendo ser soltero y llamarme Calleja... y hoy, la viuda del brigadier Matute es mi sueño y mi... Por desgracia no estoy muy adelantado, pero con paciencia... ¡Diablo! Guardemos en el secreto de la cartera esta prueba criminal, no me sorprendan y... (La guarda.) (¡Calle, aquí está mi socio!) (Guarda la cartera.)

ESCENA II.

DICHO y CABELLO por la segunda derecha.

Cabello, aunque joven, es calvo y viste de batín, trayendo una pluma detrás de la oreja.

CAB. ¡Hola, querido Calvo!

CALVO. Buenos días, querido Cabello.

CAB. ¿Tú por el escritorio después de las doce?

CALVO. Sí; dejé anoche algunas notas pendientes...

CAB. ¡Pues, chico, gran noticia! Nos han adjudicado la con-

trata de vestuario que tanta utilidad ha de producirnos.

CALVO. ¡Bravo! Soberbio!

CAB. Nuestra casa prospera, chico, y hoy la firma Cabello y Calvo, es de las más acreditadas en la plaza. Ya ves si hicimos bien en asociarnos.

CALVO. Como que esa asociación fortifica nuestra amistad de condiscípulos.

CAB. ¡Y hemos tenido suerte!

CALVO. ¡Eso sí!

CAB. Casados ambos con mujeres jóvenes y bonitas...

CALVO. Con fortuna en los negocios...

CAB. Haciendo una vida juiciosa...

CALVO. Por supuesto... (Si yo pudiera contar con este... Le sondearé.)

CAB. Y nuestras mujeres que tanto se quieren...

CALVO. Como nosotros.

CAB. Sí, y como nosotros á ellas. Y eso que mi Adela, sin que esto sea ofenderla, no vale lo que tu Rosario.

CALVO. Hombre...

CAB. Es algo desconfiada, celosa...

CALVO. Celosa... vamos, ya... tú le habrás dado motivo... ¡Ah, bribón!

CAB. ¿Yo? ¡Dios me libre!

CALVO. Vamos, hombre!...

CAB. ¡Te digo que no!

CALVO. Si eso no tiene nada de particular...

CAB. ¿Cómo?

CALVO. Y entre hombres, entre amigos, no debe haber reserva...

CAB. ¡Calvo, basta de bromas! Te repito que yo no tengo esos... deslices. ¡Vaya!

CALVO. Pero...

CAB. Nada, que sobre eso no transijo. Ó es uno buen marido, ó no lo es.

CALVO. Bien, hombre... me alegro de ver en tí tan severos principios. (He hecho bien en no decirle nada.) Pues

mira, ya que no hay nada urgente que hacer, podíamos ir á dar un paseo.

CAB. ¿Paseo en día de trabajo? ¡De ningún modo!

CALVO. Hombre...

CAB. Además, tú tienes que quedarte para pagar esa letra de diez mil pesetas á Suarez y Compañía, y yo entre tanto, iré á la Bolsa.

CALVO. ¿Vence hoy la letra?

CAB. Sí, y vendrán á cobrarla. Ya tengo aquí la cantidad. Toma. (Le da billetes.) Está cabal.

CALVO. (Guardando los billetes en su cartera.) Bueno. Pero sin embargo, un paseito higiénico... yo creo que...

CAB. ¡Ya!... ¿Quieres llevarme otra vez á la calle del Nuncio?

CALVO. (¡Diablo! ¿Sospechará?) No recuerdo...

CAB. En cambio yo no olvidaré las dos centinelas que allí he tenido que hacer, esperando á que bajáras de aquella casa, á donde por cierto, no sé qué negocios podían llevarte.

CALVO. Negocios... tú lo has dicho... cobrar una suma que presté antes de asociarnos...

CAB. Y me tenías á la puerta, hecho un sorbete, con un frío de diez bajo cero... Pero en fin, ¿has cobrado?

CALVO. Todavía, no; pero confío en cobrar.

CAB. No seré yo quien te acompañe.

ESCENA III.

DICHOS, ROSARIO por la tercera de la izquierda.

ROSAR. Buenos días, señores.

CAB. Hola, Rosario...

CALVO. Felices, querida.

CAB. ¿Se divirtió usted anoche en la Comedia?

ROSAR. ¡Muchísimo!

CAB. Vaya, me alegro.

CALVO. Y yo. Mi único deseo es verte contenta. Ya sabes cuánto te quiero... (La abraza.)

ROSAR. Lo sé, y por eso soy la más feliz de las mujeres.

CAB. Una de las más felices, porque me parece que la mia...

ROSAR. ¡Ah! Luis, hoy come con nosotros una amiga mia, á quien personalmente no conoces, pero de la que me has oido hablar con freçuencia. Tres años hace que no la veía.

CALVO. ¿Quién es?

ROSAR. Julia del Rio, mi antigua condiscípula. Anoche la encontré al salir del teatro, y convinimos en que hoy vendría á comer con nosotros. ¿Contamos con ustedes, Cabello?

CAB. Desde luego.

ROSAR. ¿No ha bajado aun Adela?

CAB. No tardará. Pero ahora me ocurre una idea. Voy á enviar por un palco á la Zarzuela, y pasaremos la noche reunidos.

ROSAR. ¡Bien pensado!

CAB. Pues entre tanto, Luis, despachemos el correo.

CALVO. Vamos. Hasta luego, monina. (Abraza á Rosario.) Hasta luego. (La vuelve á abrazar.)

CAB. ¿Acabas? ¡Hombre, te pasas el día abrazando á tu mujer. Los negocios ante todo, y... cada cosa á su tiempo.

CALVO. Ya voy, hombre, ya voy... (Vuelve á abrazarla.) ¡Si no lo puedo remediar! (Vánse los dos al escritorio.)

ESCENA IV.

ROSARIO, después ADELA.

ROSAR. ¡Qué buen marido es mi Luis, y qué sorpresa le preparo para mañana, primer aniversario de nuestro casamiento, fecha que acaso él no recuerde...

ADELA. (Por la primera de la derecha.) ¡Hola! Tarde volviste anoche... (Se besan.)

ROSAR. Es verdad.

ADELA. Y yo aquí sola... aburrida... Mi marido tuvo que salir...

ROSAR. Esta noche tendrás el desquite.
ADELA. ¿Cómo?
ROSAR. Sí, comeremos juntos, y luego nos iremos á la Zarzuela.
ADELA. ¡Buena idea!
ROSAR. Pues es de tu marido, y debes agradecérsela más porque él es poco amigo de diversiones.
ADELA. Eso dice, pero... sale con tanta frecuencia...
ROSAR. ¿Y qué?
ADELA. Que... ¿quién sabe? Los hombres...
ROSAR. ¿Tendrías celos acaso?
ADELA. ¡Nada de eso! Pero... quisiera verle menos ocupado en sus negocios, y más asíduo conmigo, como está contigo Luis.
ROSAR. Todos los hombres no tienen el mismo carácter...
ADELA. No, si no estoy inquieta, pero...
ROSAR. Pero ¿qué?
ADELA. Es tan agradable para esos caballeros la variación... la novedad...
ROSAR. ¡Bah! ¡No seas cavilosa!

ESCENA V.

DICHAS, un CRIADO, luego LA SEÑÁ PÍA.

CRIADO. Señoritas, una mujer pregunta por ustedes.
ROSAR. ¿Por nosotras? ¿Quién es?
CRIADO. No sé, parece... así... del pueblo, y trae unos líos...
ADELA. ¿Qué trae líos?
CRIADO. De ropa, al parecer.
ROSAR. Que pase... veremos quién es. (Vase el Criado.)
ADELA. ¿Has hecho tú algún encargo?
ROSAR. Yo no... y no adivino...
PIA. (En la puerta del foro.) ¿Se puede? (Pía trae dos líos de ropa que á su tiempo abrirá.)
ROSAR. Adelante.
PIA. Güenos días nos dé Dios. ¡Jesús, vengo reventáa. Con

permiso... (Deja los líos sobre la mesa.)

ADELA. Usté es muy dueña.

PIA. Pues aquí me manda doña Mercedes, la señora del segundo.

ROSAR. ¿Doña Mercedes?

PIA. La mesma. Yo la vendo, ¿sabe usté?

ADELA. ¿Que usted la vende?

PIA. Mis ojetos, vamos al decir, perfumes, alhajas... trajes

ROSAR. ¿Usados?

PIA. De toó... Pues lo cual que me dijo, dice... Miste, señá Pía... á mí me yaman Pía, pá servir á Dios y á ustés... abajo hay dos señoras jóvenes, ricas y elegantes, y pué que haga usté negocio... vamos al decir.

ROSAR. Gracias. Solo compramos cosas nuevas.

PIA. Puos venga usté acá, señora. ¿No le he dicho que tengo de tóo? ¡Digo! Van ustés á ver. (Suelta uno de los líos.)

ADELA. No se moleste usted, es inútil.

PIA. ¡Señora! No cobro ná por mirar. Si á ustés no les acomoda... patas.

ROSAR. ¿Qne patas son esas?

PIA. Vamos al decir, que en paz. Miste que abrigo. (Saca uno.) De una condesa que ha venío á menos.

ADELA. Sí que es bonito.

PIA. ¿Y esta pulsera? Es de la amiga más íntima de un vista de Aduanas. Al pobre le han dejao ciego.

ROSAR. ¡Ciego!

PIA. Cesante, vamos al decir, porque según paece tuvo...

ADELA. Bueno .. déjese usted de historias.

PIA. Hija... una oye aquí, y allí... y usté me dice, y la señora me cuenta, y así al respetive, se entera una sin querer, y aunque á mí no me gusta meterme donde no me llaman...

ROSAR. Ya, ya se conoce...

PIA. Conque... ¿no les gusta á ustés náa?

ADELA. Ya hemos dicho que por ahora...

PIA. Güeno; pues ná se ha perdido, y si alguna vez necesitan algo, sea lo que sea, aquí estoy yo, la Señá Pia,

prendera y fiadora, Caye del Nuncio, número sesenta y cinco, cualesquiera les dará razón. (Recoge el lío.)

ROSAR. Bien, bueno...

PIA. Ea, adios. (Al hacer medio mútis, Cabello, que ha salido del escritorio examinando unos papeles, atraviesa la escena sin reparar en ellos y entra en la Caja.) ¡Caye, y si no lo mejor es que manden á ese empleao que sabe bien la casa.

ROSAR. ¿Qué empleado? Ese señor es...

ADELA. (¡Calla!) ¿Dice usted que sabe la casa ese señor?

PIA. ¡Digo! No tienen ustés más que decirle que es enfrende la de aquella señora tan guapa, que vive en el sesenta y ocho.

ADELA. ¿Una señora?

PIA. Parroquiana mía. Al salir de su casa he visto yo á ese dependiente paseándola la calle. Por cierto que el hombre parecía acharao... no hacía más que mirar á los balcones y dar patás... en fin, así como el que se le acaba la paciencia.

ADELA. (¿Oyes esto?)

ROSAR. (No hagas caso.) ¿Está usted segura de que es el mismo?

PIA. ¡Vaya!... Tengo yo un ojo... que no miente, y como no ha sío una vez sola...

ADELA. (¡Esos eran sus negocios!)

ROSAR. (Calma... no creas...) Señora, repito que nada queremos. Vaya usted con Dios.

PIA. Güeno, güeno, pues... que ustés lo pasen bien, y hasta otra. (Vase por el foro.)

ESCENA VI.

ADELA y ROSARIO.

ADELA. Ya lo ves... ¿Dudaba yo con razón?

ROSAR. No por cierto. ¿Vas á fiarte de la charla de esa prendera?

ADELA. Esa prendera le ha visto en la calle del Nuncio.

ROSAR. ¿Y qué?

ADELA. Paseando la calle á una señora muy guapa. Ya lo has oído.

ROSAR. ¿Y quién te prueba eso? ¿No podia estar aguardando á un amigo... á un cliente?

ADELA. ¡Cómo se conoce que no es tu marido á quien han visto!

ROSAR. Cálmate; todo se pondrá en claro, y tú serás la primera en reirte de tus aprensiones. ¡Ah! y nada digas á tu marido.

ADELA. ¡Descuida... sabré contenerme hasta que lo averigüe todo, y posea las pruebas para confundir al infame!

ROSAR. (Pobrecilla... Me da lástima.)

ESCENA VII.

DICHAS y CABELLO.

CAB. (Muy alegre.) Ea; ya he concluído, y me tienes por completo á tu disposición. Hasta dejaré de ir á la Bolsa, para dedicar el día á mi mujercita.

ADELA. (Conteniéndose y con ironía.) Nunca te he visto tan amable.

CAB. Por eso quiero reparar mis faltas.

ADELA. Creo que no harías mal en ello.

CAB. ¡Yo soy poco expresívo, pero bien sabes que te quiero mucho, monona!

ADELA. ¡Qué ternura tan repentina!...

CAB. Es que hoy estoy muy contento. Los negocios prosperan, y soy dichoso por todos conceptos.

ADELA. (Con intención.) ¿Por todos? Que sea enhorabuena.

ROSAR. (¡Prudencia!)

CAB. Pero ¿qué significa ese tonillo?

ADELA. Pregúntatelo á tí mismo.

CAB. No entiendo...

ROSAR. (¡Cuidado, que te descubres!)

CAB. ¿Qué le pasa á mi mujer?

ROSAR. No haga usted caso... tonterías...

ADELA. Como tú tienes un marido que te hace felíz, te parece que esto no es nada.

CAB. ¿Bien, pero qué es *esto*? ¿Acaso no te hago yo dichosa?

ADELA. ¡Mucho! (Medio mútis.)

CAB. ¿Te vas? Pero oye, mujer, escucha...

ADELA. ¡Déjame en paz! (Vase por la primera derecha.)

CAB. Yo necesito saber... (Siguiéndola.)

ADELA. (Bajo á él.) Corríjase usted, Cabello.

CAB. ¿Eh? (Sorprendido.)

ROSAR. (Solemnemente.) ¡Corríjase usted! (Cabello queda un momento asombrado, después se encoge de hombros y se va tras de su mujer.)

ESCENA VIII.

ROSARIO, luego CALVO.

ROSAR. Desgraciadamente, las sospechas de Adela son harto fundadas. ¿Quién había de pensar que un hombre así?... Y lo peor será que ese calaverón, pervierta á mi marido.

CALVO. Hola, querida.

ROSAR. ¿Sabes lo que pasa?

CALVO. ¿Qué hay de nuevo?

ROSAR. Todo se ha descubierto.

CALVO. ¿Todo? (¡Dios mío, si sabrá lo de Calleja?)

ROSAR. Cabello...

CALVO. ¿Qué? (Habrá dicho...)

ROSAR. Su mujer...

CALVO. Prosigue.

ROSAR. Ha descubierto sus intrigas.

CALVO. (Respíro.) ¿Qué intrigas?

ROSAR. Acabamos de averiguar que tiene una querida.

CALVO. ¡Cabello! ¡El hombre sério... el moralista!... Cuéntame, cuéntame eso.

ROSAR. ¿Conque nada sabías?

CALVO. Ni lo sospechaba siquiera.

ROSAR. Me tranquilizo. Te había creído su confidente.

CALVO. ¿Yo? ¡Á buena parte hubiera venido con tales confidencias! Mis principios, mi... ¿y qué más, qué más?

ROSAR. Acaba de salir de aquí una prendera, que sin conocer á Adela, ni saber lo que decía... (Deteniéndose.) Pero, no, no puedo decirte nada. Adela y yo hemos convenido...

CALVO. Acaba de contarme...

ROSAR. No; he prometido el secreto.

CALVO. Te juro no decir...

ROSAR. Á su tiempo lo sabrás todo.

CALVO. Corriente; pero ¡Cabello metido en esos líos!... Si parece mentira...

ROSAR. Lo que te ruego es que no vayas mucho con él... Podría contagiarte...

CALVO. ¡Oh! Descuida; le impondré cuarentena.

ROSAR. ¿Verdad que tú no eres capáz de esas cosas, Luís?

CALVO. ¡Yo!... yo infiel... ¡Jamás! (Abrazándola.)

ROSAR. Te creo Voy á ver á Adela; la pobre necesita los consuelos de la amistad.

CALVO. ¿Tan grave es la cosa?

ROSAR. Gravísima. (Vase primera derecha.)

CALVO. ¡Caracoles!

ESCENA IX.

CALVO, después CABELLO.

CALVO. (Después de convencerse de que Rosario se ha ido.) ¡Bravísimo! ¿Conque mi socio tiene también belenes? ¡Cómo voy á divertirme á su costa, y qué primo es! ¡Dejarse pescar por su mujer!... No hay cuidado que á mí me ocurra eso... Yo soy más listo. La señora de Matute sólo me conoce por Julio Calleja... ¡y vaya usted á averiguar quién es Calleja! ¡Pobre Cabello!... En fin, mejor; yo conozco su secreto, él no sabe el mío, luego la ventaja está de mi parte.

CAB. (Saliendo.) Ea, que no puedo averiguar lo que e ha dado á mi mujer.

CALVO. (Con ironía.) ¿No? Pues tú debes saberlo mejor que nadie.

CAB. Lléveme el diablo si entiendo...

CALVO. (Dándole en la cara.) ¡Pillín!

CAB. (Sorprendido.) ¿Eh?

CALVO. ¡Seductorzuelo!

CAB. ¿Yo?

CALVO. ¡Chiss!... Todo se ha descubierto.

CAB. ¡Ah! ¿De veras? ¿Y qué es ello?

CALVO. Tu mujer lo sabe, como la mía.

CAB. ¿Y qué es lo que sabe?

CALVO. Todo.

CAB. Todo no; lo que es ortografía y partida doble...

CALVO. Á tí sí que te van á partir en sencillo.

CAB. ¿Quieres explicarte?

CALVO. La prendera... ¡ha estado aquí!

CAB. ¡Hola! .. ¿qué prendera?

CALVO. Y les ha contado...

CAB. Algún cuento...

CALVO. No; una historia.

CAB. ¿La de los doce pares de Francia?

CALVO. La de un par de España.

CAB. ¿Un par?

CALVO. De alhajas. La dama y tú.

CAB. Pero, ¿qué dama? ¿Habeis perdido la cabeza?

CALVO. No, chico; al fin todo se sabe.

CAB. ¿Otra vez? Acabemos, Calvo.

CALVO. Acabemos. Tu mujer está enterada de que tienes una querida, y que...

CAB. (Furioso.) ¡Cómo! ¡Yo una querida! ¡Vaya, Luis, esas bromas no las tolero.

CALVO. ¿Bromas, eh? Mira, Cabello... los hombres tenemos debilidades... es decir, teneis debilidades algunos hombres...

CAB. ¡Calvo... Calvito!...

CALVO. Que disimules ante tu mujer, es natural, y yo haría lo mismo en tu caso; ¡pero conmigo, hombre, conmigo!...

CAB. Vaya, ¿quieres divertirte á mi costa?

CALVO. Si te enfadas, me callo. Yo he cumplido con los deberes de la amistad; si tú no quieres mi ayuda, allá te las compongas.

CAB. (Impaciente.) ¡Por vida del...

ESCENA X.

DICHOS, un CRIADO por el foro.

CRIADO. (Á Cabello.) Señor, esta carta urgente.

CAB. ¿Urgente? Á ver... (La abre y lee para sí.)

CALVO. ¿Qué es ello?

CAB. ¡Friolera! que la casa de Núñez y Compañía, va quebrar, y debemos apresurarnos, si queremos recoger los doce mil duros que en su poder tenemos.

CALVO. ¡Demonio!

CAB. Y añade el agente, que el escritorio de Núñez está lleno de acreedores, de modo que cobrarán los que lleguen primero. ¡Esto me faltaba ahora!

CALVO. ¿Perder los doce mil duros? ¡Un demonio! (Al Criado.) ¡Mi sombrero, mi gabán! (Vase el Criado por la primera de la izquierda.) Ya verás... por fortuna, Nuñez vive cerca... Corro allá, y á buenas ó á malas, yo te aseguro... (Poniéndose el gabán y el sombrero que le ha traido el Criado.) No se ha de reir de nosotros. Adios.

CAB. (Deteniéndole.) Oye, hombre, oye.

CALVO. ¿Qué?

CAB. ¿Y las diez mil pesetas que te entregué para esa letra que luego vendrán á cobrar?

CALVO. ¡Ah! es verdad. (Dándole su cartera.) Toma; ahí está la suma. Hasta luego.

CAB. No tardes. (Guarda la cartera.)

CALVO. ¡Doce mil duros!... ¡no faltaba más! (Vase por el foro.)

ESCENA XI.

CABELLO, luego el CRIADO, después ROSARIO.

CAB. Confío en que Calvo cobrará, pero yo no voy á poder ir esta tarde á la Bolsa... ¡Ah! Sí, ¡qué diablos! Me vestiré, y apenas vuelva Luis, si aún es hora... (Llama.) Pero qué endiablado día el de hoy... (Al Criado que sale.) Lleva este batín á mi habitación, y tráeme la levita. (Se quita el batín, que entrega al Criado y este se va por la primera derecha.) Y mi mujer... ¿se habrá tranquilizado? El demonio que entienda lo que hoy la pasa. (Sale el Criado con la levita y Cabello se la pone.) ¡Eso es! Ahora, en cuanto llegue mi socio, podrá quedarse, y salir yo.

ROSAR. (Saliendo por la primera derecha.) Me alegro de encontrar á usted. ¿Y Luis?

CAB. Vendrá pronto. Ha salido á un asunto urgente...

ROSAR. (Al Criado.) Déjenos usted. (Vase el Criado.) Celebro poder hablarle á solas.

CAB. ¿Á mí?

ROSAR. Sí; tengo cosas graves que decirle.

CAB. ¡Qué! ¿Volvemos á las andadas?

ROSAR. Su esposa de usted...

CAB. ¿Ha perdido el juicio? Lo suponía.

ROSAR. No; la pobre...

CAB. ¿Pobre?

ROSAR. Se ha dejado convencer por mí, y le concede su perdón.

CAB. ¿Á quién?

ROSAR. Á usted.

CAB. Gracias. ¿Y de qué es ese perdón?

ROSAR. Vaya, vaya; ahora que ya he conseguido restablecer la paz entre ustedes, no hay que hablar más de ello.

CAB. Al revés; hay que hablar, si ustedes quieren que yo sepa...

ROSAR. Bástele saber que Adela le perdona por esta vez, si

usted prometa enmendar su conducta.

CAB. ¡Mi conducta! ¡Pero Rosario!

ROSAR. Créame usted, Cabello, desde hoy, cambie usted de vida, y que esto le sirva de lección. Tome usted por modelo á mi marido, y aprenda en su fidelidad.

CAB. Señora... no necesito aprender...

ROSAR. Por supuesto, que no he hablado así con Adela... delante de ella le he defendido á usted... pero en mis adentros, me he propuesto convertirle.

CAB. ¿En qué?

ROSAR. En un buen marido.

CAB. Yo creo tener todos los requisitos...

ROSAR. Pero si, por desgracia, mis esfuerzos fuesen inútiles, rogaría á usted, que al menos, no pervierta á mi marido.

CAB. ¡Señora! ¿qué está usted diciendo? ¿Yo pervertir á Calvo? ¡No me quedaba más que oir!

ESCENA XII.

DICHOS, ADELA con la cartera en la mano.

ADELA. (Á Cabello, con tono de cólera contenida.) En el batín se ha olvidado usted esta cartera.

CAB. (Tomándola y guardándola.) Gracias, querida.

ADELA. He bajado á devolvérsela, y á darle mi enhorabuena más sincera al mismo tiempo.

CAB. ¿Cómo? ¿Me ha caido la lotería?

ADELA. Hay que confesar... que tiene usted muy buen gusto. Es preciosa.

CAB. ¿Quién?

ADELA. La señora que usted sabe.

CAB. ¡Que yo sé!

ADELA. Es muy joven... y muy linda.

CAB. ¿De veras, eh? Pero señor... ¿tendré yo una querida sin saberlo?

ADELA. No niegue usted más. . La conozco.

CAB. (Furioso.) ¡Señora, basta de necedades! ¿Se han pro-

puesto entre todos volverme loco? La una me acusa, la otra me predica moral, el otro me llama *pillín*... ¡Pillín á mí! ¡El hombre más formal del comercio de esta plaza! ¿Á qué vienen semejantes desatinos?

ROSAR. Cabello ..

CAB. ¡Déjeme usted en paz! Puesto que no hay forma de evitar los ridículos celos de mi mujer, no me tomaré esa molestia. Puede rabiar cuanto quiera, que yo no la haré caso, y veremos quien se cansa primero. ¡He dicho!

ADELA. Y has hecho, que es lo peor.

CAB. ¿Yo?... ¡Ea, aliviarse! (Se va furioso al escritorio.)

ESCENA XIII.

ADELA y ROSARIO.

ADELA. (Viéndolo irse.) ¡Tunante!

ROSAR. ¿Hay algo nuevo?

ADELA. Mi marido es un infame. Ya no cabe duda.

ROSAR. Explícame...

ADELA. Ya sabes que olvidó la cartera. Me ocurrió registrarla, cosa que nunca he hecho; pero ahora...

ROSAR. Lo comprendo. Sigue.

ADELA. No hallé más que billetes.

ROSAR. ¿De amor?

ADELA. De banco. Iba á dejarla, cuando reparé en un pequeño botón dorado que me pareció un secreto. Procuré abrirlo y después de mucho trabajo, conseguí forzar el resorte, apareciendo á mi vista... ¿qué dirás?

ROSAR. Alguna carta...

ADELA. Un retrato de mujer.

ROSAR. ¿De mujer?

ADELA. Joven y muy bonita, que es lo peor. Por supuesto que será alguna... figúrate tú.

ROSAR. Por supuesto. (No conviene que Luis trate mucho con ese calavera.)

ADELA. Al principio... pensé obligar á mi marido á tragarse la fotografía... pero medité luego, y pienso no darme por entendida, hasta poseer más pruebas.

ROSAR. Bien hecho.

ADELA. Segura estoy de reunirlas, y entónces...

ROSAR. No te será fácil. Cabello es un pez... ¡que ya, ya! Para tenernos á todos tan engañados ..

ADELA. No importa... habrá cartas... habrá algo... yo investigaré... (Se oye dentro la voz de Calvo.)

CALVO. (Dentro.) ¡Victoria! ¡Lo conseguí!

ADELA. ¡Tu marido! Me voy. La presencia de un esposo bueno y fiel, me hace daño.

ROSAR. Pero Adela...

ADELA. Volveré. (Vase por la primera derecha.)

ESCENA XIV.

ROSARIO, CALVO por el foro.

CALVO. (Muy alegre.) ¡Triunfé! Gracias á mi actividad, cobraremos la suma.

ROSAR. ¡Ay, Luis! ¡Si supieras lo que pasa!

CALVO. ¿Qué sucede ahora?

ROSAR. Que ya no hay duda. Cabello engaña á su mujer, y es preciso que tú le hables...

CALVO. Hija... eso es muy delicado...

ROSAR. Es tu mejor amigo, y contigo se franqueará. Vuélvele al buen camino, ponle como ejemplo tu conducta...

CALVO. ¿Mi conducta?... Es que... yo no quisiera pasar por vanidoso... y luego... en fin, eso es muy difícil.

ROSAR. ¡Ah! ¿Te niegas? ¿Eres acaso cómplice de sus picardías?

CALVO. ¿Yo? (Diablo, cambiemos de sistema.) ¡Cómplice yo, de un hombre que falta á los deberes más sagrados... y más elevados... y más delicados!... ¡No digas eso!

ROSAR. Y ahora tenemos la prueba material de su falta. Tiene una querida. La conocemos.

CALVO. ¿Es bonita? (¡Demonio, que me corro!)
ROSAR. Parece preciosa... Magníficos ojos...
CALVO. (Como los de la viuda de Matute.)
ROSAR. Cara expresiva...
CALVO. (¡Ay... mucho... mucho!)
ROSAR. ¿Qué dices?
CALVO. Qué... ¡mucho, mucho me horrorizo al pensar en la conducta de Cabello! Pero descuida, yo le predicaré. Voy un momento á la caja, donde tengo que dar algunas órdenes, y luego...
ROSAR. Que no lo olvides.
CALVO. Nunca, bien mío. (La abraza.) Hasta siempre. (Entra en la caja.)

ESCENA XV.

ROSARIO, un CRIADO, luego JULIA.

ROSAR. ¡Qué diferencia de un marido á otro!
CRIADO. Señorita... La señora de Matute.
ROSAR. ¿Matute?... No conozco...
JULIA. (Que ha entrado.) ¿Conque no me conoces? (Vase el Criado.)
ROSAR. ¿Éres tú? ¡Querida Julia!
JULIA. ¡Mi buena Rosario! (Se besan.) ¡Qué gusto volver á verte, después de tres años..
ROSAR. Es verdad. Tres años hace que salimos del colegio. Siéntate. (Lo hacen.)
JULIA. ¡Cuántas cosas han sucedido desde entonces! Yo me casé en Barcelona.
ROSAR. Lo supe... con un general...
JULIA. No tanto; brigadier. El brigadier Matute, de quien soy viuda.
ROSAR. ¡Viuda ya!
JULIA. Á los diez meses de casada. ¡Pobre esposo mío!... Pero tú te has casado también!...
ROSAR. Sí; con un comerciante: Luis Calvo.

JULIA. ¿Y eres feliz?

ROSAR. Cuanto una mujer puede serlo.

JULIA. Lo celebro en el alma. Tu marido será joven, guapo... elegante...

ROSAR. Luego te lo presentaré, y juzgarás. Sobre todo, es bueno, cariñoso, y fiel... fiel, como ninguno.

JULIA. ¡Ay, Rosario! Procura que nunca pierda tan preciosa cualidad.

ROSAR. No lo temo. ¿Y qué es de tí?

JULIA. Te diré. Acabó de hacer en Madrid una conquista.

ROSAR. No lo extraño. ¿Y quién es?

JULIA. Un don Julio Calleja... guapo muchacho, eso sí... pero algo atrevido...

ROSAR. ¡Hola!

JULIA. Parece que está en el ministerio de la Guerra, y quiere encargarse en él, del asunto de mi viudedad. Hoy mismo me ha escrito una carta muy apasionada...

ROSAR. ¿Y tú?...

JULIA. Yo... le doy cuerda, y nada más. En adelante, ya veremos...

ROSAR. (Levantándose.) Mira, ahí viene mi amiga Adela... y también su marido, socio del mío (Sale Cabello. del escritorio, y al mismo tiempo Adela por la primera derecha.)

ESCENA XVI.

DICHAS, ADELA, CABELLO, después. CALVO.

ROSAR. Adela, te presento á mi antigua amiga, Julia del Rio, viuda de Matute. El señor Cabello.

ADELA. (Saludando.) Señora... (Reparándola.) ¡Ah!

ROSAR. ¿Qué es eso?

ADELA. (¡Es ella!)

CAB. ¿Qué tienes? ¿Estás mala?

ADELA. (Mirándole fijamente, lo mismo que á Julia.(No... no es nada... (¡La del retrato... no hay duda!)

CAB. (¿Qué diablos, tiene?)

ROSAR. ¿Conocías tal vez á esta señora?

ADELA. Yo... no... acaso mi marido...

CAB. Es la primera vez que tengo el gusto de verla.

ADELA. (¡Infame!)

ROSAR. (¿Qué es esto?) (Observándolos.)

CALVO. (Sáliendo de la Caja.) Van á dar las seis, Rosario. Comeremos en cuanto venga tu amiga, ¿eh?

ROSAR. No, si ya está aquí. Ven, quiero presentarte. Mi marido.

CALVO. Señora... (Viéndola.) (¡Jesucristo!)

JULIA. (¡Qué veo!... ¡Calleja!) (Sorprendida.)

ADELA. (Mirando á Cabello.) (¡Tunante!)

ROSAR. (Bajo á Julia.) ¿Te gusta?

JULIA. Sí... la... yo... (Turbada.)

CAB. Ea, señores, á comer.

ROSAR. (Que nada ha visto.) Eso es, á comer, señores.

CALVO. Sí... á... á... (En tus manos, Señor. encomiendo mi espíritu.) (Se dirigen todos á la primera izquierda. Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Gabinete elegante. Puerta al foro, y laterales. Balcón con colgaduras. Sillas volantes, Dos veladores á derecha é izquierda del proscenio. Muebles ricos. Chimenea encendida.

ESCENA PRIMERA.

ROSARIO, ADELA, JULIA, CABELLO, CALVO y un CRIADO.

Las tres señoras sentadas junto al velador de la izquierda, y los dos hombres en el otro. Todos tomando café. El Criado va indistintamente de uno al otro grupo. Calvo y Cabello, fuman cigarros puros.

ROSAR. El humo de vuestras chimeneas, nos obliga á formar grupo aparte.

CAB. ¡Oh, si á ustedes les molesta!...

JULIA. Lo que es á mí, no; pueden ustedes continuar.

ADELA. Á mí, sí. ¡No he visto vicio más insoportable!

CAB. (Hoy todo le parece insoportable á mi mujer.)

ADELA. Luis... ¿Tienes bastante azúcar?

LUIS. Si, querida; sí, gracias.

ADELA. ¡Jesús, cuánta dulzura!

JULIA. Así deben ser los matrimonios.

ADELA. Cree usted que deben ser así. ¿Verdad?

JULIA. Naturalmente.

ADELA. (¡Hipócrita!)

CAB. Tiene mucha razón esa señora, la dulzura...

ADELA. ¡Ya veo que están ustedes de acuerdo... en todo!

JULIA. (Qué tono más agresivo.)

CAB. (¡Sigue el tiroteo!)

ROSAR. Como te decía, querida Julia, nosotros somos completamente felices.

CALVO. ¡Mucho, muy felices!

JULIA. Lo sé, y les felicito, sobre todo á usted por su rara fidelidad, condición muy poco común, ¿no es cierto?...

ADELA. Cualidad rarísima, según mis noticias. ¿No es verdad, Fidel?...

CAB. No me extrañará que otros no lo sean, pero respecto á mí, mi solo nombre es una garantía. ¡Fidel! Ya ven ustedes...

ADELA. No hay que fiarse mucho en eso de los nombres...

CALVO. Es cierto. Aquí me tiene usted á mí, Calvo de apellido, y con mucho pelo, mientras mi socio se llama Cabello, y no tiene pelo...

ADELA. ¡De tonto!

CAB. Ni de listo tampoco. Á la vista está.

JULIA. No sabe usted lo que celebro que sea usted tan fiel.

CALVO. ¡Ah!... usted celebra...

JULIA. Por mi amiga Rosario.

CALVO. ¡Ya! Realmente la fidelidad es una virtud, y además, un deber al que no se puede faltar sin peligro.

ADELA. Sin peligro, ¿lo oyes, Cabello?

CAB. ¡Á mí qué me cuentas!

JULIA. La infidelidad no debía perdonarse nunca.

ADELA. (¡Qué poca aprensión tiene esta mujer!)

ROSAR. Sin embargo, bueno es ser indulgentes...

CALVO. Eso es, indulgencia, todos tenemos necesidad de ella, es decir, todos no...

JULIA. Usted, por ejemplo...

CALVO. Precisamente; yo no tengo... necesidad de... (¡Qué situación tan...) pero la edad, las pasiones, y los...

y las... no es que yo trate de disculpar á nadie; pero... si el justo peca siete veces al dia, Cabello y yo, que no somos modelos...

ADELA. Ni mucho menos ..

CAB. Habla por tu cuenta, yo respondo de mí.

ADELA. ¡Si mi marido no peca jamás!

CAB. Eso que tú dices. (Pequeña pausa.)

JULIA. Señor Calvo...

CALVO. (¿Otro achuchón?) Señora...

JULIA. Usted que como hombre de negocios conocerá á mucha gente, ¿tiene usted noticias de un señor don Julio Calleja?...

CALVO. (¡Ave María Purísima!) Calleja... Calleja. . no, no señora...

JULIA. Pues él me había asegurado...

CALVO. (¡Y dale!) Aguarde usted un momento, sí... sí, ahora recuerdo, Julio Calleja... hemos hecho juntos algunos negocios en... en la Bolsa.

ROSAR. (Siento que conozca á ese tipo.)

JULIA. Y... ¿qué tal sugeto es?...

CALVO. Bellísima persona... todo un caballero.

JULIA. ¿Está usted seguro?

CALVO. ¡Oh, respondo de él!...

JULIA. ¿Como de usted mismo? ¡Me basta!

CALVO. Gracias.

ADELA. (¡Otro lío que tendrá esta buena señora!)

JULIA. Le he tratado muy poco, pero me parece muy enamorado...

ADELA. (Cuando yo decía...)

CALVO. ¿Ena?... no sé... no he tenido ocasión de...

ROSAR. Mira, haz el favor de no intimar con ese caballerito. Julia me ha contado ciertos detalles.

CALVO. (¿Qué detalles serán esos?)

JULIA. ¿Sabe usted si continúa en el ministerio de la Guerra?

CALVO. Creo... que le han dejado de reemplazo.

JULIA. Yo cree que le han dado la absoluta...

CALVO. Es posible .. señora... (Levantándose.) (¡No me va á de-

jar!) Cabello; olvidas que hemos de cerrar la caja y el escritorio, y terminar el balance del día...

CAB. (Levantándose también) Tienes razón; vamos, con el permiso de estas señoras, que también necesitan arreglarse para el teatro.

ROSAR. ¡Oh, hay tiempo!

JULIA. Déjalos; ante todo los negocios, la obligación.

CALVO. Señoras, hasta muy pronto. (Al fin conseguí escapar.)

CAB. Señoras... (Se acerca y saluda.)

ADELA. (Bajo á él.) (¡Falso!)

ROSAR. (Idem.) (¡Corríjase usted!)

CALVO. (Echando el brazo por el hombro y acompañándole.) (¡Corríjete, Cabello!)

CAB. (Rechazándole incomodado.) (¡Vete al infierno!) (Vase seguido de Calvo.)

ADELA. (Viéndoles salir.) (¿Irán á ponerse de acuerdo? ¡Yo lo sabré!) Con permiso de ustedes, voy á arreglarme un poco... salgo en seguida. (Vase.)

ESCENA II.

ROSARIO y JULIA, se levantan.

JULIA. ¿Qué le ha dado á esa buena señora?

ROSAR. No hagas caso.

JULIA. He creido notar algo extraño en sus maneras; algo agresivo en su tono, y en sus miradas...

ROSAR. No tendría nada de particular.

JULIA. Y un afán de molestar á su marido en presencia mía, durante toda la comida...

ROSAR. Ahora que estamos solas, permitirás que te dirija una pregunta, ¿verdad?...

JULIA. Las que quieras.

ROSAR. ¿Conocías tú á Cabello antes de ahora?

JULIA. Le he visto hoy en tu casa por primera vez.

ROSAR. ¿De veras?...

JULIA. ¡Cuando yo te lo aseguro!

ROSAR. Entónces, ¿cómo se explica que lleve un retrato tuyo

en su cartera?...

JULIA. ¿Un retrato mío? ¡Eso es imposible!

ROSAR. Lo ha visto Adela, y el parecido es tan exacto, según dice, que no deja lugar á dudas...

JULIA. ¡Rosario!

ROSAR. Nada, es un retrato tuyo. Te ha reconocido en seguida.

JULIA. ¡Oh, pero eso es una indignidad! ¿Cómo se ha permitido ese caballero?...

ROSAR. Eso es lo que yo deseo saber.

JULIA. Y yo también. Ahora me explico la recepción que me ha hecho su mujer, sus embozadas reticencias, sus ataques intempestivos...

ROSAR. Es claro ¡Una mujer celosa!

JULIA. Lo que no está claro, es el modo con que ese señor se ha procurado mi retrato, y yo necesito averiguar...

ROSAR. Yo te ayudaré en tus pesquisas. De lo que no cabe duda, es de que has logrado inspirarle una pasión.

JULIA. (¡Si estaré condenada á inspirar pasiones á todos los hombres casados!) (Óyese dentro la voz de Cabello, disputando.)

ROSAR. Oigo su voz; sin duda te cree sola y viene á ponerse al habla contigo, para decirte...

JULIA. Quédate á mi lado, te lo ruego: quiero aclarar este misterio en presencia tuya.

ESCENA III.

DICHAS, CABELLO.

CAB. ¡Mi mujer continúa las hostilidades! No hay más remedio que batirse en retirada.

ROSAR. Llega usted á tiempo. Esta señora y yo, tenemos que hablarle.

CAB. ¿Á mí?

ROSAR. ¡Su conducta de usted es horrible!

JULIA. ¡Incalificable!

CAB. ¿Ustedes también? ¡Fuego en toda la línea, vamos!

ROSAR. ¡Comprometer á una señora respetable!

JULIA. ¡Comprometerme de un modo tan atróz!

CAB. ¿Á quién he comprometido yo?

JULIA. ¡Á mí!

ROSAR. ¡Á esta señora!

CAB. ¡Ustedes sí que comprometen mi reposo!

ROSAR. ¿Nosotras?...

JULIA. Haga usted el favor de contestar á mis preguntas.

CAB. ¿Un interrogatorio? ¡Magnífico! ¡Ya no soy sospechoso, ya he obtenido el ascenso inmediato, ya soy reo!... ¡Pregunte usted, señora! Yo responderé, si logro entender de lo que se trata.

JULIA. ¡No se haga usted el chiquito!

CAB. ¿Chiquito?... ¡Quisiera en este instante ser un Coloso de Rodas!

ROSAR. ¡Basta de bromas!

CAB. ¡Bromas las que me están dando ustedes á mí hace algunas horas! ¡Me acosté anoche siendo un marido bueno, leal, cariñoso, y según mi mujer, y todos ustedes, he despertado siendo un seductor, un bribón, un falsario... ¡Conque si esto es seriedad...

JULIA. Trata usted de eludir la cuestión...

ROSAR. De escapar por la tangente...

CAB. De lo que trato es de aclarar este lío.

JULIA. Precisemos. ¿Antes de encontrarme en esta casa, me había usted visto alguna vez?

CAB. ¡Jamás! Y lo siento, porque es usted muy guapa.

JULIA. ¡Caballero!

ROSAR. ¿Lo ves? ¡Ya enseña la oreja!

CAB. No tengo interés en ocultarlas.

JULIA. ¿Había usted oido hablar de mí, á alguna otra persona?

CAB. Tampoco, señora.

JULIA. En ese caso, ¿por qué trata usted de comprometerme?

CAB. ¿Yo, señora? ¡Dios me libre!

JULIA. Entonces, devuélvame usted mi retrato.

CAB. (Muy asombrado.) ¿Su retrato?... ¡Pero es á mí, á mí, á

uien pide usted su retrato! ¿Habla usted formalmente?

JULIA. Formalmente.

ROSAR. Con toda formalidad.

CAB. Señoras... señoras... (Queda un momento contemplando á las dos con fijeza. Ellas continúan sérias y graves. Cabello, dándose una palmada en la frente, como asaltado por una idea repentina, estalla en francas carcajadas.) (¡Pero ya caigo!) ¡Já! ¡Já! ¡Já!

ROSAR. ¡Y se rie!

JULIA. ¡Qué audacia!

CAB. (¡Entendido, entendido... todos ellos han formado un complot para divertirse á mi costa, poniendo en ridículo mi rigorismo sobre la fidelidad conyugal...)

JULIA. (Á Rosario.) (Está meditando una disculpa.)

ROSAR. (Buscando una evasiva...)

CAB. (Á buena parte vienen... ahora verás las bromitas...)

JULIA. ¿Con qué ese retrato?...

CAB. (Fingiendo mucha turbación y gravedad.) ¿Ese retrato?... ¿Se puede hablar claro delante de Rosario, eh?...

ROSAR. Sí, señor.

CAB. Me alegro. Ya que se ha descubierto todo, confieso mis amores con esta señora...

JULIA. ¿Conmigo?...

ROSAR. ¿Y me lo negabas?... ¡Á mí, á tu mejor amiga!

JULIA. ¿Pero tú crees?...

CAB. ¡No lo niegue usted! ¡Si yo lo confieso todo! ¡Todo!

ROSAR. ¡Ya lo oyes, todo!

CAB. (¡Toma, toma bromitas!)

JULIA. Concluyamos.

CAB. ¡Por mí, cuando usted quiera!

ROSAR. Hace usted bien en confesarlo todo. Adela tiene excelente corazón, y acabará por perdonar un extravío.

CAB. ¡Diga usted mis infamias! Usted la ayudará con sus buenos consejos, y con tal que esta señora consienta en olvidarme...

JULIA. (Furiosa.) ¡Cómo, qué yo le olvidé!

CAB. (Á Rosario.) ¡No me quiere olvidar! ¿Lo está usted vien-

do? ¡Soy un seductor empedernido!

JULIA. ¡Creo que se está usted burlando de mí!

ROSAR. De las dos...

ESCENA IV.

DICHOS y ADELA.

ADELA. (¡Aquí están!)

CAB. (Corriendo al encuentro de su mujer.) Ven, ven aquí, vida mía... pero no, perdóname, se me ha escapado esta palabra que no soy aun digno de pronunciar...

ADELA. ¿Lo conoces, eh?

ROSAR. Acaba de confesar sus errores...

ADELA. ¿Has confesado por fin...

CAB. ¡Todo!

ADELA. ¿Y no te avergüenzas?...

CAB. (En tono muy sentido.) ¡Qué no me avergüenzo! ¡Oh! ¡Ojalá los remordimientos que sufro pudieran servir de enmienda á los maridos imprudentes que traten de imitarme! (Con mucha naturalidad.) Pero espera un momento, aun no he terminado con esta señora.

ADELA. Pues termina, termina.

JULIA. ¿Cómo?...

CAB. Acaba usted de pedirme su retrato. ¡Es muy justo, puesto que renuncio á usted para siempre!

JULIA. ¡Muchas gracias!

ADELA. (¡Cómo la humilla!)

CAB. Pero antes de desprenderme de un bien tan precioso, impongo una condición.

JULIA. Una condición... ¿Cuál?...

CAB. ¡Que usted, á su vez, me devuelva también el mío!

JULIA. (Estupefacta.) ¡Que yo le devuelva su retrato!

CAB. ¿Lo veis?... ¡No me lo quiere devolver!

ADELA. ¿Cómo se entiende? ¡Devuélvaselo usted!

JULIA. ¡Señora!

CAB. (Continuando la broma.) No le hablo á usted de mis car-

tas, porque supongo que las habrá usted quemado. Yo he hecho lo mismo con las suyas. ¡Había trescientas treinta y seis!

JULIA. ¡Señor mío! ¿qué calumnia es esa?

ADELA. ¡Cuando él lo dice!

ROSAR. ¡Señor Cabello, está usted faltando á mi amiga!

CAB. (¡Ahora fingen enfadarse! ¡Bravo!) Perdón; realmente esta señora es muy virtuosa, y yo sólo soy el único culpable.

ROSAR. ¡Justamente!

ADELA. ¡Cabello!

CAB. ¿Á qué negarlo?... Me hice pasar por soltero, que es lo primero que hacen todos los maridos que andan en estos belenes...

JULIA. (¿Qué está diciendo?)

ADELA. ¡Infame!

CAB. Eso es, eso es, ponte furiosa, así lo exige la situación...

ROSAR. (¿Se ha vuelto loco?)

CAB. ¡Es tan guapa esta señora!

ADELA. ¡Pillo!

JULIA. ¡Esto es demasiado! ¡Yo no puedo permitir semejante burla, y me retiro! (Medio mútis.)

ROSAR. (Deteniéndola.) Espera un poco, por Dios, es necesario aclarar...

ADELA. ¡Cuando mi marido confiesa!...

JULIA. ¡Señora, aunque comulgue!

ESCENA V.

DICHOS y CALVO.

CALVO. Señores...

CAB. Me alegro que vengas. Acabo de confesarlo todo, y te aconsejo que hagas otro tanto. ¡Confiesa también!

CALVO. (Aturdido.) Quieres que yo... (¿Habrán descubierto algo?...) Yo tengo muy limpia la conciencia...

CAB. Pero debes decirle á tu mujer que tú eres el culpable

de todo, que con tus consejos y tus malos ejemplos me has llevado al borde del abismo.

CALVO. ¡Yo no te he llevado á ninguna parte!

CAB. Que por tu sola culpa he sido un seductor audáz, un calavera, un pillín, y que instigado por tí he perseguido á la señora de Matute.

CALVO. ¿Á la señora de?... (¡En dónde me he metido!) Cabello, mira lo que dices...

CAB. (¡Esto es tomar la revancha!) ¡Confiesa, bribón!

CALVO. ¿Pero qué significa?... (¡Me quiere perder!)

CAB. Tú me aseguraste que engañar á una esposa, no tenía nada de particular.

CALVO. ¡Falso! ¡Falso! No lo creas...

ROSAR. Hace un momento calumniaba usted á mi amiga; ahora acusa usted á mi marido. ¡No es mal sistema de defensa!

CAB. Señora, haga usted el favor...

ADELA. Dice Rosario muy bien...

CAB. ¿Conque yo acuso injustamente á su marido?... ¡Buen pez está éste!

JULIA. (¡Tiene razón!)

CAB. Si yo le contara á usted sus aventuras, no terminaba en quince días!

CALVO. ¿Serías capaz de inventar?...

CAB. ¿No quieres que diga nada? Bueno, callaré tu correspondecia con la planchadora de la calle de San Vicente...

CALVO. ¿Qué planchadora?...

CAB. Hazte de nuevas, y dí que no recuerdas tampoco tu desafio con aquel pobre marido, empleado en la funeraria, á quien dejaste mal herido, porque los maridos siempre salen mal librados de estos lances...

CALVO. ¡Fidel!

CAB. (¡Toma bromitas!...)

ROSAR. Qué horror...

JULIA. Qué escándalo...

ADELA. ¡Si todos son lo mismo!

CALVO. Esto no se puede tolerar. ¡Me darás una satisfacción!

CAB. ¡Te daré un disgusto, que es lo que tengo más á mano!

CALVO. ¡Oh, pues esto no quedará así!

CAB. ¡Ya lo creo que no! (¡Parece que lo toman en sério!... ¿Si me habré yo equivocado?...)

CALVO. Te suplico que no creas...

ROSAR. Estoy tranquila sobre ese particular. ¡Fío en tu lealtad

CAB. ¡Fiáte en la Vírgen, y no corras!

CALVO. Basta ya de tonterías.

JULIA. (¡Esta casa parece un manicomio!)

ADELA. ¿Pero en qué quedamos del retrato, á todo esto?...

CAB. El retrato...

CALVO. (¡Un retrato!... Creo en Dios padre...)

JULIA. Va á devolvérmelo, supongo.

CAB. (¡Suponer es!) Sí, señora, cuando usted me devuelva el mío!

CALVO. ¿El suyo?...

JULIA. ¡Caballero!

ESCENA VI.

DICHOS, el CRIADO.

CRIADO. Señorita, en la antesala hay un muchacho con un paquete, y pregunta por doña Rosario García... ¿Qué le digo?

ROSAR. ¿Pregunta por mí? ¡Ah, sí, ya sé lo que es... que espere un momento, voy en seguida... (Vase el Criado.) Con permiso, un instante...

CALVO. (Deteniéndola.) ¿Qué es ello?

ROSAR. ¡Curioso! Á su tiempo lo sabrás... Vuelve en seguida Á ver si tú logras ponerlos en paz.

ESCENA VII.

DICHOS, menos ROSARIO.

CALVO. ¿Sabrémos por fin, lo que ocurre? ¿Qué significaban

tus bromas delante de Rosario?...

CAB. Pues eso, bromas.

ADELA. La ocasión no me parece la más oportuna para ellas.

CAB. Y, ¿quién, sino todos vosotros teneis la culpa?.. ¿Quién ha empezado con tonterías sobre mi supuesta infidelidad?

ADELA. ¿Supuesta?

CAB. ¡No, que sería verdadera!

ADELA. Entonces, tus reproches á esta señora...

CAB. ¡Broma!

CALVO. (¡Respiro! ¡Creía que éste sabía algo!)

ADELA. Será broma todo lo que tú quieras que lo sea, todo menos el retrato...

JULIA. ¡Eso es, todo menos el retrato!

CAB. ¿Pero todavía insisten ustedes? ¡Qué pesadez. Dios mio!

ADELA. En vano tratas de negar. ¡El retrato le he visto yo!

CAB. ¿Tú?

JULIA. ¡Usted!

CALVO. (Tiemblo de adivinar.)

CAB. Y ¿dónde has visto tú, semejante cosa?...

ADELA. ¡En tu poder!

CAB. ¡Adela!

CALVO. (Viendo entrar al Criado.) (¡Silencio por Dios! ¡Viene gente!)

ESCENA VIII.

DICHOS, el CRIADO.

CRIADO. Don Fidel, en la oficina está el cobrador de la casa Suarez y Compañía...

FIDEL. ¡Ah, si, viene á cobrar la letra de diez mil pesetas. (Saca la cartera y de ella los billetes, que entrega al Criado.) Toma, ahí está la suma justa... recoge la letra y me la entregas luego...

CRIADO. Está bien. (Vase. Duranto el anterior diálogo. Adela no ha separado los ojos de la cartera.)

ESCENA IX.

DICHOS, menos el CRIADO.

CAB. ¡Ahí tienes tu cartera, toma!

ADELA. (Interponiéndose, y apoderándose de la cartera, antes que la recoja Calvo.) ¿Cómo, esta cartera no es tuya?...

CAB. No, es la de Calvo, me la entregó esta mañana con los valores para pagar esa letra...

ADELA. ¡De modo que es de usted?...

CALVO. Efectivamente...

ADELA. ¡Tome usted, hombre, tome usted! ¡Ay esposo de mi alma! (Arrojándose en brazos de Cabello.)

CAB. ¡Eh!...

ADELA. ¡Abrázame! ¡Soy la más feliz de las mujeres!

CAB. ¿De veras? ¡Esposa de mi vida! (¡Esta debe ser la segunda parte de la comedia!)

JULIA. (¡Ahora comprendo... mis sospechas eran fundadas!) ¡Señor Calvo!...

CALVO. (¡Ahora me he caido yo!) ¡Ni una palabra, señora!...

JULIA. (Severamente.) Es decir...

ADELA. (Á Calvo con mucha ironía.) ¡Pero qué carteras tan bonitas usa usted, señor Calvo! se encuentran en ella detalles maravillosos... en el interior sobre todo... ¿No es verdad?

CALVO. ¡Sea usted generosa!

JULIA. Señora, ruego á usted que no juzgue por las apariencias... el señor Calvo explicará sin duda...

CALVO. ¡Es hora de que cese el error, y pida yo perdón á esta señora!

CAB. ¿Á esta señora?...

ADELA. Es claro.

CAB. ¡Para mí cada vez está mas turbio!

CALVO. (Con gravedad.) Señora, no me perdonaré jamás el atrevimiento de haber sustraido de la fotografía esta copia de un retrato de usted, (Sacándolo de la cartera.) el cual le devuelvo, solicitando su perdón. (Se lo entrega.)

JULIA. ¡De otra persona debe usted solicitarlo!

CAB. (Apoderándose del retrato.) ¡Á ver, á ver!... ¡El retrato de usted... en la cartera de éste... y mi mujer que lo vió... y creyó sin duda que era yo él... Conque era de veras!... ¡Pillastrón, tunante!

CALVO. ¡Cabello!

JULIA. Caballero, yo que soy la más ofendida, le perdono. Hágalo usted también, en obsequio de la tranquilidad de mi amiga Rosario.

CAB. No debo negarme, pero... (Amenazando á Calvo con el puño cerrado.) Una pregunta... Usted vive en la calle del Nuncio...

JULIA. ¡Número sesenta y ocho, principal!

CALVO. ¡Mas vale así. Temí no fuese otro lío! Á su puerta de usted me ha hecho este perillán hacer dos centinelas, con un frio de dos mil demonios...

ADELA. (¡Ah, por eso decía la prendera!)

CALVO. Á que recordar ahora...

ADELA. ¡Fíese usted de las apariencias! (Á Julia.) Suplico á usted que dispense mis inconveniencias, y mis...

JULIA. Tenía usted sobrados motivos para dudar de mí.

CALVO. Y yo los tengo también para dejar á esta señora en el lugar que la corresponde. Lo confesaré todo. Un marido debe ser sincero, sobre todo, cuando no puede hacer otra cosa.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, ROSARIO.

ROSAR. ¿Se aclaró ya la cuestion?...

CAB. Si, señora, todo se ha explicado, y por fortuna, ya conocemos al verdadero culpable.

ROSAR. ¿De veras? ¿Y quién es?...

CALVO. El único culpable, es...

JULIA. (Interponiéndose y rápidamente.) ¡Calleja!

ROSAR. ¿Quién es Calleja?...

CAB. (¡Qué talento!) (Mirando á Julia.)

JULIA. El audaz galateador de quien te hablé esta mañana, el amigo de tu esposo...

ROSAR. ¿El del ministerio de la Guerra?...

ADELA. Eso es.

CAB. El mismo. Ese es el de la guerra, el de la guerra.

ROSAR. (Mirando á Adela.) ¡Ah, vamos, ya comprendo!... (¡Quieren salvar á Cabello!)

ADELA. (Bajo á Cabello.) (¡Se lo ha creido! mas vale así. Pobre Rosario.)

ROSAR. (Bajo á Calvo.) (¡Pobre Adela! ¡Cómo la han engañado! Mas vale así.

CALVO. (Bajo á Julia.) (¡Gracias!)

CAB. ¡Si encuentro yo al tal Calleja, flojo sermon le voy á soltar! ¿Es preciso que se corrija, verdad, Calvo?...

CALVO. Y sí se coregírá...

ROSAR. ¡Lo mejor será que rompais toda clase de relaciones con semejante tipo!

CAB. ¡Muy tipo, señora muy tipo!

JULIA. ¡Segura estoy que no tendrá la audacia de volver á presentarse en mi casa!

CAB. ¡Claro que no!

CALVO. ¡Opino lo mismo!

ADELA. (¡No te ensañes, hombre!) (Á Cabello.)

ROSAR. (Á Calvo.) (¡No le mortifiques más!)

CALVO. (¡Si ella supiera!)

ROSAR. Ea, ya que está todo terminado, voy á dar una sorpresa á mi marido.

CALVO. (Asustado.) ¿Una sorpresa?...

ROSAR. Mañana es el aniversario de nuestra boda, y me he hecho este retrato, para regalártelo como recuerdo. Toma.

CALVO. ¡Tu retrato!...

CAB. Un retratito... ¡Vaya hombre!

ADELA. ¡Qué bien está!

JULIA. ¡Hablando!

CAB. ¡Ahora los hacen todos muy parecidos... mucho!

CALVO. ¡Cabello!

CAB. Oye, chico, guárdalo ahí, en la cartera... en la carterita...

CALVO. (Bajo á él. Mientras las señoras contemplan otros retratos.) (¡No me comprometas!)

CAB. (¡Como está el sitio vacante! ¡Bribón!) (Calvo suve á incorporarse al grupo formado por las señoras. Cabello avanza al proscenio.)

(Al público.) ¡Vengo, á fuer de hombre formal
sin que se enteren de nada,
y esto no os parece mal,
á pedir una palmada
que es la costumbre, al final! (Telon.)

FIN.